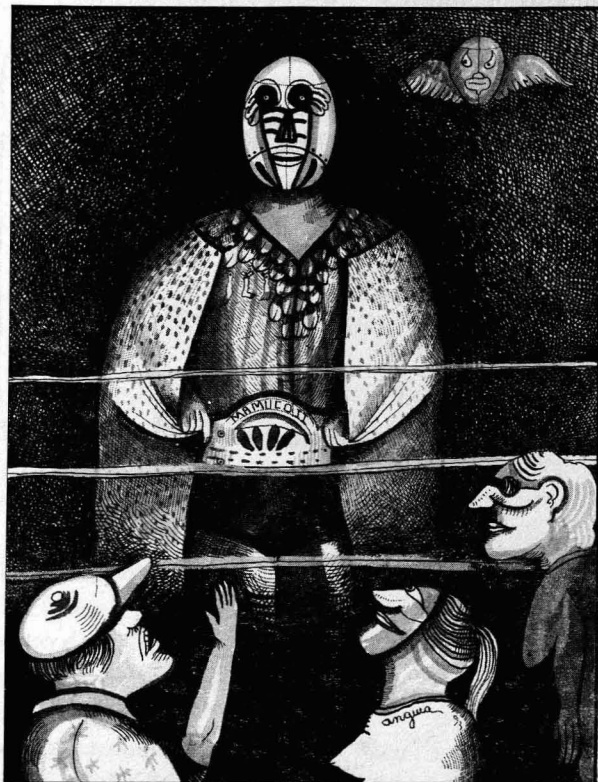


Sin límite de tiempo

Si a las ocho de la noche de un viernes cualquiera usted transita por la calle de Perú, en el centro de la ciudad, y es buen observador, podrá darse cuenta de la actividad que allí se desarrolla. Verá usted obreros, ancianas, amas de casa, secretarias, estudiantes, burócratas, niños. Llegarán en automóvil, en Metro, a pie o en bicicleta. Una segunda observación le hará percatarse de que todos ellos tienen una meta común: presenciar los encuentros de lucha libre.

El espectáculo comienza desde el momento mismo de la llegada a las puertas de la Arena. El colorido es común denominador de esta fiesta, el rojo jitomate de las tortas de 2.50 será el rojo de la sangre que derrama algún gladiador en el ring esta noche. Las máscaras, símbolos de la fuerza, el arrojo y la valentía son perfectos talismanes que le dotarán de lo necesario para hacer frente al rival más peligroso. Según el gusto y la tendencia se convertirá usted en el caballeroso y legendario Santo, en el justiciero y misterioso Tinieblas, pero si ha escogido el otro bando, será el irreverente y anárquico Pierrot o el tenebroso Gárgola. Sea cual sea el bando de su elección, ahora está usted preparado y completo para entrar a un mundo del que formará parte durante dos horas.

Una vez en el interior, la desbordante gama de colores, luces, expresiones y gestos lo integrarán a un colectivo que busca su purificación por medio del sacrificio humano. Allí, en el



centro del escenario, se encuentra la piedra sacrificial representada por un moderno ring. A los lados, el ente colectivo, clamando por justicia o por el triunfo del instinto sobre la razón. De pronto se escucha la música guerrera que identifica a cada gladiador. Ahora la pasión es desbordante. Luces multicolores iluminan la entrada de los contendientes. Por ahí vienen los técnicos, representantes de la justicia, la limpieza y, a veces, la ingenuidad. La leyenda hecha realidad. El Hijo del Santo, el nacionalista y folclórico Rayo de Jalisco Jr. y el musculoso y prototípico Konan. Suenan los vivas, las porras, los albures, las palabras fuertes pero sabrosas que al soltarlas es como abrir la válvula de escape de una olla de presión: la sal y la pimienta de un guiso picante que está a punto de quedar cocinado. De un rincón tenebroso verá usted surgir a los rudos, personajes representativos del instinto y la pasión desenfrenada, expresando su desprecio a quienes no hacen causa con ellos; son la hirviente sangre que cargan las venas y arterias que comunican con el corazón de la arena: fluyen enervantes entre mentadas de madre y no pocos vivas. La multitud ha tomado partido. Una mujer embarazada acaba de darle un manazo al rudo que pasaba frente a ella. Un hombre explica a su hijo la investidura del Santo y una muchacha suspira por el Konan, sintiendo el fuerte abrazo de un hombre como él.

Ahora todos están en el ring. La blancura de sus vestimentas contrasta con la naturaleza de sus intenciones y así el Médico Asesino cura de tristeza a un humilde adolescente que lo mira como a un dios, mientras que la impresionante Parca lanza alientos de muerte al público, ante pases de magia negra que Black Magic esparce por todo el ring.

De pronto también usted se halla en el ring. Desde la tercera cuerda se lanzará en pos de la gloria, se envolverá en la maraña de llaves, contrallaves, candados; alcanzará la santidad al son de un mariachi jalisciense y se sentirá indómito guerrero al lado de Konan. Entre olores de brea y sudor romperá el hechizo de la magia negra al aplicar una rana a un médico que no cura y que además es asesino. Con sus poderes prestados alcanzará alturas insospechadas, hasta sentir el poder que ejerce una ineludible Parca que le enseñará el camino de regreso a su butaca.

Pasada la emoción, volverá usted a ser el mismo. Por lo menos hasta el viernes próximo. Soñará con el momento en el que el réferi-sacerdote haya sacralizado el duelo levantándole el brazo y la mano y declarándolo vencedor.

Una vez afuera sabrá usted que la lucha no ha terminado y que la que habrá de librar en el exterior es sin límite de tiempo. ♦

